➤ *Domingo 2º de Cuaresma, Año C, 2010. Tres manifestaciones o epifanías de Dios: en la Alianza con Abraham (1ª Lectura); en Jesucristo, la Transfiguración (Evangelio); en nuestra humanidad (2ª Lectura): son manifestación gloriosa de Dios en la historia humana. Nuestro camino hacia la «madurez de Cristo» o la «medida de la plenitud de Cristo», a la que estamos llamados a llegar para ser realmente adultos en la fe. En el centro de la fe, de la liturgia y de la espiritualidad, debe brillar el rostro de Cristo.*

❖ Cfr. 2º Domingo de Cuaresma, Año C, 28 de febrero de 2010.

Lucas 9, 28-35; Génesis 15, 5-12.17-18; Salmo 26; Filipenses 3,17-4,1

Cf. Temi di predicazione – omelie, Editrice Domenicana Italiana, Ciclo C, 48 nuova serie, pp. 33-36; Gianfranco Ravasi, *El libro del Génesis* (12-50), Herder-Ciudad Nueva, 1994, pp. 60-79; cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture, Anno C*, Piemme 1 Edizione economica 1999

Génesis 15, 1-18: 1 Después de estos sucesos fue dirigida la palabra de Yahveh a Abram en una visión, diciéndole: «No temas, Abrán. Yo soy para ti un escudo; t premio será muy grande.» 2 Contestó Abrán: «Mi Señor Dios, ¿qué me vas a dar, si estoy sin hijos, y el heredero de mi casa va a ser Eliézer de Damasco ?.» 3 Y añadió Abrán: «He aquí que no me has dado descendencia, y un criado de mi casa me va a heredar.» 4 Pero la palabra del Señor le respondió: «No te heredaré ése, sino que te heredará uno que saldrá de tus entrañas.» 5 Entonces le llevó afuera, le dijo: «**Mira al cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas.**» Y añadió: «**Así será tu descendencia.**» 6 **Abrán creyó en el Señor, quien se lo reputó por justicia** [Se lo tomó en cuenta como justicia]. 7 Después le dijo: «Yo soy el Señor que te saqué de Ur de los Caldeos, para darte esta tierra en posesión.» 8 El dijo: «Mi Señor, Yahveh, ¿cómo conoceré que voy a poseerla?» 9 Le respondió: «Tráeme una novilla de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón.» 10 **Abrán los trajo, los partió por medio, y puso cada mitad enfrente de la otra.** Los pájaros no los partió. 11 Las aves rapaces bajaban sobre los cadáveres, pero Abram los ahuyentaba. 12 Cuando estaba poniéndose el sol, cayó sobre Abrán un profundo sueño, y le invadió un terror enorme y tenebroso. 13 Le dijo a Abrán: «Has de saber que tus descendientes serán extranjeros en tierra ajena, donde los esclavizarán y los afligirán durante cuatrocientos años. 14 Pero yo a mi vez juzgaré a la nación a quien habrán de servir; y después saldrán con grandes riquezas. 15 Tú te reunirás en paz con tus padres, serás sepultado muy anciano. 16 Y a la cuarta generación volverán ellos aquí; porque hasta entonces no se habrá colmado la culpa de los amorreos.» 17 Se puso el sol y sobrevino la oscuridad; y **apareció una hoguera humeante, y una llama de fuego que pasó entre aquellas mitades.** 18 Aquel día el Señor estableció una alianza con Abrán, diciéndole: «A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el Río Grande, el río Eufrates: 19 la tierra de los quenitas, quenizitas, cadmonitas, 20 hititas, perezeos, refaítas, 21 amorreos, cananeos, guirgaseos y jebuseos.»

Filipenses 3,17-4,1: 17 Hermanos, **sed imitadores míos**, y fijaos en los que viven según el modelo que tenéis en nosotros. 18 Porque muchos viven según os dije tantas veces, y ahora os lo repito con lágrimas, como enemigos de la cruz de Cristo, 19 cuyo final es la perdición, cuyo Dios es el vientre, y cuya gloria está en su vergüenza, que no piensan más que en las cosas de la tierra. 20 . Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como **Salvador al Señor Jesucristo**, 21 **el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo**, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas. 4 1 . Por tanto, hermanos míos queridos y añorados, mi gozo y mi corona, **manteneos así firmes en el Señor**, queridos.

Lucas 9, 28-35: 28 Sucedió que unos ocho días después de estas palabras, tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar. 29 Y sucedió que, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante, 30 . y he aquí que conversaban con él dos hombres, que eran Moisés y Elías; 31 los cuales aparecían en gloria, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén. 32 Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, pero permanecían despiertos, y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. 33 Y sucedió que, al separarse ellos de él, dijo Pedro a Jesús: « Maestro, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías », sin saber lo que decía. 34 Estaba diciendo estas cosas cuando se formó una nube y los cubrió con su sombra; y al entrar en la nube, se llenaron de temor. 35 Y vino una voz desde la nube, que decía: « Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle. »

1. Breve alusión a la manifestación de Dios a Abraham como su aliado, según un rito antiguo.

- El Señor le promete una descendencia y una tierra (vv. 5 y 6). Y ante la pregunta de Abraham sobre cómo poseerá la tierra (v. 8), Dios le propone un pacto, una alianza, según un rito antiguo (cfr. Jeremías 34, 18) de alianza, conocido en diversas culturas, en el que se escenifica (vv. 9-17) el compromiso adquirido por ambas partes, Dios y Abraham: “el paso de los que hacían el pacto entre las víctimas divididas en dos mitades significaba que también debería ser

descuartizado quien lo quebrantase. El texto muestra, precisamente, que Dios, representado en la antorcha de fuego, pasó entre las mitades ensangrentadas de las víctimas, rubricando de este modo su promesa”¹.

o **Explicación de ese rito solemne: los animales descuartizados: Génesis 15, 9-18.**

Gianfranco Ravasi, *El libro del Génesis* (12-50), Herder-Ciudad Nueva, 1994 pp. 74-79); Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture*, Anno C, Piemme 1999.

- **G. Ravasi, El libro del Génesis**, p. 74 “Nos hallamos ante un rito oficial de *juramento* o alianza. Los animales descuartizados y divididos, a través de los cuales pasan los pactantes, no tienen una función sacrificial sino simbólica. Lo que se nos describe es un acto de automaldición: los socios de la alianza o del compromiso se desean la misma suerte de aquellos animales (el descuartizamiento) para aquel que infrinja el futuro pacto.” (Cfr. también Jeremías 34, 18-20). [Hay rituales como éstos, arcaicos y truculentos, en los pueblos vecinos del Oriente antiguo – algunos testimonios en la ciudad-Estado mesopotámica de Mari – y también del moderno]
- **Cfr. G. Ravasi, Secondo le Scritture**, pp. 75-76 y 78: Se trata de un rito arcaico conocido en el Antiguo Oriente, que no ha desaparecido hoy totalmente entre los beduinos. Los contrayentes de un pacto pasan por el medio de las dos filas de trozos de carne sanguinolentos, al mismo tiempo que pronuncian una auto-maldición para sellar el acuerdo que están realizando: ¡que me suceda a mí como a estos animales si violaré los compromisos del contrato que estamos estipulando! Pero aquella noche, en medio de los animales descuartizados, pasa solamente “**una hoguera humeante, y una llama de fuego**”, es decir, Dios. Es Él el primero que se compromete y sin esperar la respuesta del hombre. Es Él quien se pone en el camino del hombre desvelándole su amor. Y el hombre solamente debe ofrecerle su fe, es decir, la acogida libre y alegre del don que Dios le presenta: Abrahán reconoció en aquel fuego la señal de Dios, “**Abrán creyó en el Señor**”.

2. Evangelio, la Transfiguración del Señor (Lc 9, 28-35)

❖ La Transfiguración: Jesús se presenta de un modo diverso.

- **Ante la imposibilidad de expresar con palabras los hechos, las sensaciones, las emociones y los sentimientos sobre el hecho acaecido, el evangelista recurre a imágenes: el rostro de Jesús “se puso resplandeciente como el sol”, y sus vestidos se pusieron “blancos como la luz”.**

• Con el término «transfiguración» se quiere decir que Jesús se presenta de modo diverso, transfigurado, es decir, más allá (*trans*) de su aspecto habitual. Ante la imposibilidad de expresar con palabras los hechos, las sensaciones, las emociones y los sentimientos sobre el hecho acaecido, el evangelista recurre a imágenes: el rostro de Jesús “se puso resplandeciente como el sol”, y sus vestidos se pusieron “blancos como la luz”. La presentación que se hace, recuerda a Moisés quien se encuentra con Dios (en un monte, el Sinaí) en medio de la nube (Éxodo 24, 15-18), que baja del monte con la piel de su rostro radiante (cfr. Éxodo 34, 29). La luz es símbolo de la presencia divina. La transfiguración es manifestación de la divinidad, que habitualmente estaba escondida detrás de su humanidad.

❖ Finalidad de la Transfiguración: Jesús previene y fortalece la fe de los discípulos

a) Con el hecho extraordinario de la Transfiguración, Jesús quiere hacer entender a sus discípulos que su Pasión no será la realidad última de su vida en la tierra, sino una etapa para llegar a la gloria de la Resurrección. Por ello manifiesta a los discípulos que fueron con Él al monte, el misterio de su identidad y de su gloria. Quiere prevenirlos y fortalecerlos en la fe. A través del hecho de la transfiguración podían vislumbrar su gloria después de la resurrección.

b) **De los sermones de S. León Magno (400-461), papa (Sermón 51, 3-4.8: PL 54, 312-311.313)**

Sin duda esta transfiguración tenía sobre todo la finalidad de quitar del corazón de los discípulos el escándalo de la cruz, a fin de que la humillación de la pasión voluntariamente aceptada no perturbara la fe de aquellos a quienes había sido revelada la excelencia de la dignidad oculta. Más, con igual providencia, daba al mismo tiempo un fundamento a la esperanza de la Iglesia, ya que todo el cuerpo de Cristo pudo conocer la

¹ Cfr. Sagrada Biblia, Pentateuco, Facultad de Teología – Universidad de Navarra, Agosto 2000

transformación con que él también sería enriquecido, y todos sus miembros cobraron la esperanza de participar en el honor que había resplandecido en la cabeza.

c) Catecismo de la Iglesia Católica, n. 568: La Transfiguración de Cristo tiene por finalidad fortalecer la fe de los apóstoles ante la proximidad de la Pasión: la subida a un «monte alto» prepara la subida al Calvario. Cristo, Cabeza de la Iglesia, manifiesta lo que su cuerpo contiene e irradia en los sacramentos: «la esperanza de la gloria» (Col 1, 27). (Cf S. León Magno, serm. 51, 3)

d) Juan Pablo II, Carta Apostólica “Rosarium Virginis Mariae”, n. 21: sobre los Misterios de Luz: “Misterio de luz por excelencia es la Transfiguración, que según la tradición tuvo lugar en el Monte Tabor. La gloria de la Divinidad resplandece en el rostro de Cristo, mientras el Padre lo acredita ante los apóstoles extasiados para que lo «escuchen» (cf. Lc 9, 35 par.) y se dispongan a vivir con Él el momento doloroso de la Pasión, a fin de llegar con Él a la alegría de la Resurrección y a una vida transfigurada por el Espíritu Santo.”

o **Catecismo de la Iglesia Católica: otros números**

a) n. 554: Una visión anticipada del Reino: La Transfiguración - A partir del día en que Pedro confesó que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Maestro «comenzó a mostrar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén, y sufrir... y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día» (Mt 16, 21): Pedro rechazó este anuncio (Cf Mt 16, 22-23), los otros no lo comprendieron mejor (Cf Mt 17, 23; Lc 9, 45). En este contexto se sitúa el episodio misterioso de la Transfiguración de Jesús (Cf Mt 17, 1-8 par.; 2 P 1, 16-18), sobre una montaña, ante tres testigos elegidos por él: Pedro, Santiago y Juan. El rostro y los vestidos de Jesús se pusieron fulgurantes como la luz, Moisés y Elías aparecieron y le «hablaban de su partida, que estaba para cumplirse en Jerusalén» (Lc 9, 31). Una nube les cubrió y se oyó una voz desde el cielo que decía: «Este es mi Hijo, mi elegido; escuchadle» (Lc 9, 35).

b) n. 556: (...) La Transfiguración nos concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Cristo «el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo» (Filipenses 3, 21). Pero ella nos recuerda también que «es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios» (Hechos 14, 22) (...)

o **Cfr. Gianfranco Ravasi, Secondo le Scritture, ... pp. 76-77 y 78-79**

- Se trata “de la gloriosa revelación de Dios, que se realiza en el interior de la escena de la Transfiguración. También aquí nos encontramos con algunos ingredientes narrativos característicos: el monte, el vestido blanco muy brillante, la aparición de Elías y Moisés, el sentirse rendidos por el sueño, llenos de tensión. Se trata de una epifanía solemne en la que la luz de la divinidad envuelve a Cristo, hacia el que convergen la profecía y la ley del Antiguo Testamento, encarnadas precisamente en Elías y Moisés. Pero la cumbre de la epifanía está en las palabras que Dios dirige a la humanidad: «Éste es mi Hijo, el elegido; escuchadle».

Aparece por tanto el misterio que Jesús de Nazaret esconde debajo de los rasgos de un hombre que camina por los caminos de Palestina. Es como si se levantase un velo y, detrás de la figura de la humanidad de Jesús, brillase la divinidad. Por ahora se trata solamente de un resplandor; Jesús bajará del monte, volverá a la llanura de lo cotidiano donde le esperan hombres que sufren y pecadores pero también adversarios implacables. Sin embargo, su misterio ha aflorado ya por vez primera a los ojos de los discípulos.

Los que se dedican al estudio han advertido que esta narración se amolda a las apariciones de la Pascua del Resucitado. En efecto, la revelación plena del misterio de Cristo sucederá precisamente con su muerte y resurrección, es decir, cuando tocará el colmo del abismo con la muerte y desde allí remontará al esplendor de la gloria divina.

Lucas, precisamente para empalmar la Transfiguración con la Pascua, es el único de los evangelistas que nos señala el diálogo entre Cristo, Moisés y Elías: «hablaban de la salida de Jesús que iba a cumplirse en Jerusalén». La traducción imprecisa de «salida» no se corresponde con el original griego que, en cambio, habla de «éxodo». Cristo desvelará plenamente a sí mismo cuando subirá al cielo en la Ascensión, llevando consigo todo el pueblo de los redimidos. Se trata del grande éxodo de la esclavitud del pecado y de la muerte hacia la perfecta libertad y la vida. (pp. 76-77).

- En el monte, el hombre Jesús «se transfigura»: en griego la expresión suena literalmente como «metamorfosis». Envuelto en la luz, señal divina, inmerso en la gloria, venerado por Moisés y por Elías, símbolo de la Ley y de la Profecía, Cristo es «desvelado» en su profunda y misteriosa verdad: «Éste es mi Hijo, el elegido». Se trata de la misma proclamación celeste de la «transfiguración» en el Bautismo en el Jordán. Se trata de la misma glorificación de la cruz y de la resurrección. Por pocos instantes, ante Pedro, Santiago y Juan, cogidos por una especie de duermevela, aparece el secreto último de Jesús de Nazaret. (...)

La transfiguración del monte es la revelación de la perfecta presencia de Dios en medio de los hombres, en la carne del hombre Jesús de Nazaret. (...). (p. 79).

- ❖ Éste es mi Hijo, el elegido: escuchadle (v. 35). Es el Credo que Dios nos revela y la Iglesia profesa.

- **En el centro de la fe, de la liturgia y de la espiritualidad, debe brillar el rostro de Cristo.**

- Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture*, Anno A, Piemme 1995, p. 69: “En el Evangelio esta voz resuena con las mismas palabras en tres escenas, dispuestas simétricamente de modo que constituyen como un hilo conductor narrativo en la existencia terrena de Cristo. Al inicio (Mateo 3), en el bautismo, cuando la voz celeste proclama la misma declaración sobre Cristo inmerso en las aguas del Jordán. En el centro del camino terreno de Jesús, en la Transfiguración, la voz confirma el misterio que se oculta en el hombre Jesús, residente en Nazaret y predicador ambulante por los caminos de Palestina. Al final del Evangelio, cuando Cristo es elevado en la cruz delante del mundo, un centurión romano será quien proclame el verdadero secreto de Jesús que había sido anuncia antes desde el cielo: «En verdad éste era Hijo de Dios» (Mateo 27,54). Por tanto, esa voz contiene el Credo que Dios nos revela y que la Iglesia profesa. En el centro de nuestra fe, de nuestra liturgia, de nuestra espiritualidad, debe brillar por encima de todos y de todas las cosas, el rostro de Cristo: él debe ofuscar los «devocionalismos fáciles», debe confundir las degeneraciones de las diversas sectas, debe llevar lejos del oscuro abismo de las supersticiones”.

- **La contemplación del rostro de Cristo se centra en la Escritura. El testimonio de los Evangelios es una visión de fe basada en un testimonio histórico preciso.**

- **Juan Pablo II**, Carta Apostólica Novo millennio ineunte, 6 enero 2001, 17. **La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura** que, desde el principio hasta el final, está impregnada de este misterio, señalado oscuramente en el Antiguo Testamento y revelado plenamente en el Nuevo, hasta el punto que san Jerónimo afirma con vigor: « Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo » (« *Ignoratio enim Scripturarum ignoratio Christi est* »: *Comm. in Is., Prol.: PL 24, 17*). Teniendo como fundamento la *Escritura*, nos abrimos a la acción del Espíritu (cf. *Jn 15,26*), que es el origen de aquellos escritos, y, a la vez, al *testimonio de los Apóstoles* (cf. *ibíd.*, 27), que tuvieron la experiencia viva de Cristo, la Palabra de vida, lo vieron con sus ojos, lo escucharon con sus oídos y lo tocaron con sus manos (cf. *1 Jn 1,1*).

Lo que nos ha llegado por medio de ellos es una visión de fe, basada en un testimonio histórico preciso. Es un testimonio verdadero que los Evangelios, no obstante su compleja redacción y con una intención primordialmente catequética, nos transmitieron de una manera plenamente comprensible (Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 19).

- **En el Salmo Responsorial de hoy: una petición que hace el salmista**

- Salmo 27/26, 7-8. Escucha mi voz, Señor: yo te invoco;/ ten piedad de mí, respóndeme./De ti piensa mi corazón:/ «Busca su rostro»./ Tu rostro, Señor, buscaré. No me escondas tu rostro./
- San Agustín, Enarraciones in psalmos 26,8: «En lo escondido, donde solamente Tú lo oyes, te dijo mi corazón: *Buscaré, Señor, tu rostro*, perseveraré en esta búsqueda sin cansancio, a fin de amarte gratuitamente, pues nada encuentro más precioso que esto».

3. Nuestra transfiguración/transformación en Cristo (2ª Lectura, Filipenses 3,17-4,1)

- ❖ Es la manifestación o epifanía que se celebra en el interior del creyente mismo.

- **Nuestra condición criatural está destinada a ser transfigurada**

- **G. Ravasi, Secondo le Scritture ...**, p. 77 y 79-80: La tercera epifanía es la que se celebra en el interior del creyente mismo y está descrita límpidamente por Pablo en la parte de la Carta a los Filipenses, la primera comunidad europea, parte que hoy leemos en la liturgia: «Nosotros esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, el cual transformará nuestro cuerpo vil en un cuerpo glorioso como el suyo». Es la revelación de nuestro último destino que es pascual como el de Cristo.

El «éxodo» del cristiano y el de Cristo tienen, en efecto, una única meta, «la patria de los cielos»; el cuerpo entero, es decir, la persona de Cristo y la del cristiano, será transfigurado e inmerso en el misterio de Dios; la transfiguración de Cristo y del cristiano es signo de sus diversas pero paralelas filiaciones divinas. (p. 77).

- La miseria de nuestra mortalidad, la fragilidad de este cuerpo, semejante a la “hierba que brota: por la mañana florece y crece, por la tarde es segada y se seca” (Salmo 90, 5-6), la debilidad propia de la criatura están destinadas a ser «transfiguradas» porque Cristo entrando en nuestra carne, en nuestro tiempo y en nuestro espacio, ha colocado un semen eterno e infinito, destinado a crecer y a brotar. (pp. 79-80).

- **A Jesús se llega por la fe. Es necesaria una gracia de «revelación» que viene del Padre. A la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia. Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio**

- **Juan Pablo II**, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 6 enero 2001, nn. 19-20:

19 A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de Cesarea de Filipo (cf. *Mt* 16,13-20). A los discípulos, como haciendo un primer balance de su misión, Jesús les pregunta quién dice la «gente» que es él, recibiendo como respuesta: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas» (*Mt* 16,14). Respuesta elevada, pero distante aún —¡y cuánto!— de la verdad. El pueblo llega a entrever la dimensión religiosa realmente excepcional de este *rabbí* que habla de manera fascinante, pero que no consigue encuadrarlo entre los hombres de Dios que marcaron la historia de Israel. En realidad, ¡Jesús es muy distinto! Es precisamente este ulterior grado de conocimiento, que atañe al nivel profundo de su persona, lo que él espera de los «suyos»: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» (*Mt* 16,15). Sólo la fe profesada por Pedro, y con él por la Iglesia de todos los tiempos, llega realmente al corazón, yendo a la profundidad del misterio: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (*Mt* 16,16).

20. ¿Cómo llegó Pedro a esta fe? ¿Y qué se nos pide a nosotros si queremos seguir de modo cada vez más convencido sus pasos? Mateo nos da una indicación clarificadora en las palabras con que Jesús acoge la confesión de Pedro: «No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (16,17). La expresión «carne y sangre» evoca al hombre y el modo común de conocer. Esto, en el caso de Jesús, no basta. Es necesaria una gracia de «revelación» que viene del Padre (cf. *ibíd.*). Lucas nos ofrece un dato que sigue la misma dirección, haciendo notar que este diálogo con los discípulos se desarrolló mientras Jesús «estaba orando a solas» (*Lc* 9,18). Ambas indicaciones nos hacen tomar conciencia del hecho de que a la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia. Sólo la *experiencia del silencio y de la oración* ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio, que tiene su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (*Jn* 1,14).

- **Un programa para nuestra vida: Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia.**

- **Juan Pablo II**, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 6 enero 2001, n. 29. «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28,20). Esta certeza, queridos hermanos y hermanas, ha acompañado a la Iglesia durante dos milenios y se ha avivado ahora en nuestros corazones por la celebración del Jubileo. De ella debemos sacar un *renovado impulso en la vida cristiana*, haciendo que sea, además, la fuerza inspiradora de nuestro camino. Conscientes de esta presencia del Resucitado entre nosotros, nos planteamos hoy la pregunta dirigida a Pedro en Jerusalén, inmediatamente después de su discurso de Pentecostés: «¿Qué hemos de hacer, hermanos?» (*Hch* 2,37).

Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡*Yo estoy con vosotros!*

No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la

Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. (**Juan Pablo II**, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 6 enero 2001, n. 29)

❖ **Nuestra transformación en Cristo ya ahora: la transformación del corazón**

Cfr. Raniero Cantalamessa, *La parola e la vita Anno C, II domenica di Quaresima* pp. 90-95

- Nuestra transfiguración se refiere, como hemos visto, en primer lugar a la «transformación de nuestro cuerpo vil en cuerpo glorioso como el de Cristo», que se dará en los cielos, tal como afirma san Pablo en el texto de la Carta a los Filipenses que se ha leído hoy.
- Pero hay también una transformación que no se realiza en el futuro, es decir, después de la muerte, sino ya ahora: la transformación de nuestro corazón.

❖ **Los cristianos estamos revestidos en Cristo por el bautismo y aspiramos a participar de la madurez de Cristo.**

- Gálatas 3, 27: «Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo». Nuestro ser natural ha sido revestido de Cristo. Y estamos llamados a ser «el hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo» (Efesios 4, 13).

○ **El camino hacia la «madurez de Cristo» o la «medida de la plenitud de Cristo», a la que estamos llamados a llegar para ser realmente adultos en la fe. ¿Que significa ser niños en la fe?**

Homilía del cardenal Ratzinger en la misa por la elección del Papa, 18 abril 2005

Detengámonos en dos puntos. El primero, es el camino hacia la «madurez de Cristo», como dice, simplificando, el texto en italiano. Más en concreto tendríamos que hablar, según el texto griego, de la «medida de la plenitud de Cristo», **a la que estamos llamados a llegar para ser realmente adultos en la fe**. No deberíamos quedarnos como niños en la fe, en estado de minoría de edad. Y, ¿qué significa ser niños en la fe? Responde san Pablo: **significa ser «llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina» (Efesios 4, 14)**. ¡Una descripción muy actual!

Cuántos vientos de doctrina hemos conocido en estas últimas décadas, cuántas corrientes ideológicas, cuantas modas del pensamiento... **La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos con frecuencia ha quedado agitada por las olas**, zarandeada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinismo; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir en el error (Cf. Efesios 4, 14). Tener una fe clara, según el Credo de la Iglesia, es etiquetado con frecuencia como fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, el dejarse llevar «zarandear por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud que está de moda. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que sólo deja como última medida el propio yo y sus ganas.

○ **Nosotros tenemos la medida del Hijo de Dios, verdadero hombre**

Homilía del cardenal Ratzinger en la misa por la elección del Papa, 18 abril 2005

Nosotros tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el verdadero hombre. Él es la medida del verdadero humanismo. «Adulta» no es una fe que sigue las olas de la moda y de la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da la medida para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad.

Tenemos que madurar en esta fe adulta, tenemos que guiar hacia esta fe al rebaño de Cristo. Y esta fe, sólo la fe, crea unidad y tiene lugar en la caridad. San Pablo nos ofrece, en oposición a las continuas peripecias de quienes son como niños zarandeados por las olas, una bella frase: hacer la verdad en la caridad, como fórmula fundamental de la existencia cristiana. En Cristo, coinciden verdad y caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, verdad y caridad se funden. La caridad sin verdad sería ciega; la verdad sin caridad, sería como «un címbalo que retiñe» (1 Corintios 13, 1).

- La meta, por tanto, es: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2, 20).

www.parroquiasantamonica.com